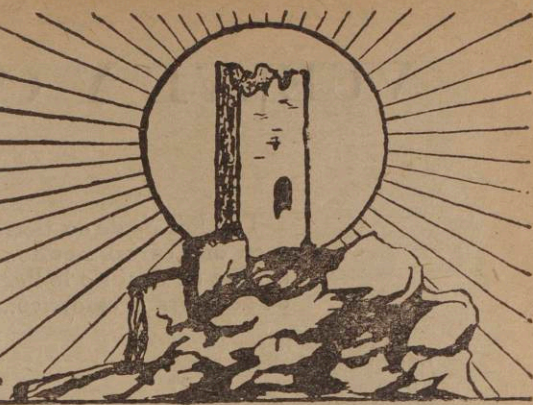


Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial-Quincenal



Año V

Alhama de Murcia, Domingo 24 de Junio 1928

Núm. 106

¡Mentira... Mentira...!

No han pasado muchos años desde que se inició en España esta gran Cruzada de la Prensa Católica y ya se van tocando sus efectos.

Allí donde antes reinaba como señor y dueño el periódico impío encargado de descristianizar la sociedad; lentamente, penosamente se va cimentando un baluarte de la verdad y del bien, que si no llega a derrocar el castillo enemigo, consigue al menos neutralizar el efecto mortífero de sus fuegos.

Era a principios de esta gloriosa campaña. Los contados paladines que militaban en la causa del bien vivían alimentados por el entusiasmo y no por el dinero que pudieran recibir de las editoriales católicas, para las que, a estas fechas, aun no han llegado los años de la abundancia.

Hallábame yo por aquel entonces cierto día en un café, con unos amigos, en la populosa ciudad de X. Era muy de mañana, cuando tales establecimientos están casi desiertos, o a lo más, rápidamente visitados por oficinistas, que apuran en pie lo servido y abandonan en el acto el local para marchar al cumplimiento del deber.

Junto a nosotros, aislado y solo un hombre pulcro, aunque muy modestamente vestido, escribía sobre su mesa de café cuartillas y más cuartillas. A poco, otro hombre de parecido aspecto, se aproximó a la misma mesa, y sin mediar saludo asentó frente al primero, pidió su servicio y esperó en silencio unos minutos.

Cuando el que escribía trazó sobre el papel su firma dando por terminado su trabajo, oí decir al recién llegado:

— ¡Lée!

El primero ordenó sus cuartillas y comenzó a leer a media voz. Continuamos los amigos nuestra charla, esa charla insulsa de café que siempre gira sobre lo que haríamos si fuéramos Ministros, porque los que

gobiernan, en el momento político en que hablamos, son, al lado nuestro, pobres Gobernadores de la Ínsula Barataria... El de las cuartillas se iba creciendo por momentos y su voz llegaba distinta a nosotros; nuestra conversación cedió un momento; el vecino lector había entrado en el período declamatorio.

«... Os llamáis y queréis ser cató-



Hermosa cascada del Monasterio de Piedra



licos y estáis minando los fundamentos de la religión católica. Todos los días, esos periódicos que se llaman liberales, liberalmente derraman en vuestras almas la nefasta ponzoña de la indiferencia religiosa; todos los días flota en sus columnas la duda y la negación de los dogmas sacrosantos; la calumnia contra los sacerdotes católicos; la burla e irrisión de las manifestaciones católicas; la propaganda y la defensa de las instituciones enemigas de Cristo. Todo esto lo sabéis vosotros y continuáis sosteniendo con vuestro dinero esas perniciosas publicaciones y queréis

justificar vuestro proceder haciendo protestas de fe católica, cuando lo que hacéis, ayudando a esa Prensa impía, es hacer guerra a Cristo y a su Iglesia; a esa misma fe de que falsamente blasonáis. Os llamáis y queréis ser católicos... ¡Mentira...! ¡Mentira...!

Sentí que súbito calor caldeaba mis mejillas. Yo alardeaba de católico y yo llevaba en el bolsillo de la americana el primer diario liberal que se había publicado aquel día; disimuladamente, aunque con rabia, le hice pedazos, escondiendo mis manos bajo la mesa y pisoteando después aquel enemigo de Cristo que había sido mi sonrojo; en la mesa contigua seguía declamando el periodista católico su fondo de aquel pobre día:

«... Os llamáis cristianos y ayudáis a los enemigos de Cristo...? ¡Mentira...! ¡Mentira...!

EL DUENDE DEL CASTILLO.

Los Luises comulgan

Cualquiera que el domingo 17 haya asistido a la Misa en la Iglesia de la Concepción, habrá visto a un reducido número de simpáticos muchachos acercarse reverentes a la Sagrada Mesa.

Esos pocos valen por mil.

La Congregación está actualmente mermada, pero sus miembros no están separados porque les une un lazo espiritual. Lejos, cumpliendo sus deberes militares, están la mayor parte de estos jóvenes y valientes congregantes; y los de aquí han comulgado por los ausentes. Cuando Jesús, que es alimento de los fuertes, entrara en sus almas, infundiría en ellas la eterna fortaleza para confesarlo y servirlo.

Los ausentes debieron sentir en sí mismos el ósculo de Jesús en esta Comunión de los justos.

¿Devocionarios propios para primera Comunión?

En el BAZAR del CATECISMO

